

¡El padre penquista no quería morir!

● En su lecho de muerte dijo a los médicos que su intención había sido llamar la atención sobre la situación de sus hijos. Sólo se prendió fuego cuando un oficial de carabineros quiso detenerlo.

CONCEPCION (Sonia Mendoza).- Los médicos que atendieron a Sebastián Acevedo Becerra, de 50 años, en el Hospital Clínico Regional de esta ciudad, hasta donde fue trasladado luego que se inmolara frente a la Plaza de Armas penquista, explicaron que el hombre estuvo consciente hasta el final y que, con serenidad, les expresó que no había sido su intención suicidarse.

El doctor Gustavo Valenzuela confidenció que ellos le hicieron pocas consultas, porque el hombre hablaba y hablaba.

"Sólo le hicimos consultas para averiguar su orientación en tiempo y espacio, para saber su grado de conciencia, la que estaba bien, y también de su razón", expli-

có el doctor Valenzuela.

También se consultó al médico si antes de atentar contra sí Acevedo Becerra había ingerido medicamentos o algún tipo de bebida alcohólica.

Respondió que la víctima sólo había bebido jugo.

De todos modos, se le practicó la alcoholemia, cuyo resultado será enviado al tribunal.

El facultativo Juan Zuckel, médico legista que permaneció hasta el final junto al inmolado, señaló que ése estuvo tranquilo.

Dijo: "El dolor había desaparecido, porque produce una anestesia generalizada, aunque estaba quemado en el 100 por ciento. Pese a ello, se mantuvo lúcido".

Detalló que le llamó la atención la profunda refi-

giosidad del obrero, el cual desmintió enfáticamente que militara en algún partido político o que hubiese estado internado en el hospital psiquiátrico.

Agregó Zuckel: "Acevedo dijo que su intención como hombre de trabajo era permanecer de pie en el lugar, donde había marcado una raya, para protestar por la detención de sus hijos. El sólo quería saber dónde estaban, que se los mostraran. Pero, como no ocurrió así, compró una mezcía de parafina y bencina, se roció el cuerpo y adquirió un encendedor para usarlo si no le cumplían el deseo de ver a sus hijos".

Continuó el médico: "Dijo que un oficial de Carabineros se había reído de él,

que no le creyó sus intenciones y que por eso tuvo que cumplir con su palabra, como hombre".

El doctor Zuckel dijo también que "le pregunté si guardaba algún rencor contra ese oficial. Me respondió que no, que solamente quería decirle que debía creer en la palabra de Dios y en la de los hombres".

El facultativo recordó, asimismo, que, siempre lúcido y tranquilo, Sebastián Acevedo se explayó sobre la necesidad de que la gente sea detenida por Carabineros o Investigaciones, y de que fuera llevada a lugares públicos de detención y luego juzgada por tribunales competentes.

Dijo también que le consultó si quería la libertad para sus hijos y que él respondió:

"No. Si son culpables, no. La ley lo verá. Si son culpables, que se les castigue. Pero yo quiero saber, como todos los padres que tienen a sus hijos detenidos, dónde tienen a nuestros hijos".

Dijo que no sabía si moriría, pero que esperaba que su sacrificio no fuera en vano.

Luego llegó el sacerdote y Acevedo rezó el Padre Nuestro.

Después comenzó a cansarse. "La respiración se le hizo cada vez más dificultosa y profunda, hasta que llegó su fin...", terminó diciendo el doctor Zuckel.

Viuda del calcinado: "Sabía que se sacrificaría por sus dos hijos"

CONCEPCION (Sonia Mendoza).- Durante tres largas noches permanecieron despiertos, conversando en el dormitorio que compartieron por espacio de 25 años.

Así pretendían que la mañana llegara más pronto, para salir a la calle en busca de sus dos hijos: María Candelaria y Galo Fernando.

Ella, Elena Sáez Retamal, tenía la certeza de que su esposo, Sebastián Acevedo, quería sacrificarse por sus hijos.

"Yo sabía —dice, entre sollozos, mientras permanece en cama— que él quería hacer eso. Y yo le decía que no lo hiciera, que esperaríamos, que los niños tenían que aparecer. Y él me reprochaba que yo quería que aparecieran muertos...".

La última vez que lo vio —relata con voz entrecortada— fue a la hora del almuerzo, el viernes:

"Fuimos donde una tía a almorzar, después de haber andado en oficina tras oficina. El me engañó para partir solo. Me dijo que iba a pagarse a la firma donde trabajaba (constructora San Pedro), y de ahí no lo vi más. Sólo cuando escuchamos en la radio que se había quemado una persona, supe que era él... ¡Lo supe de inmediato...!".

El día antes, en la noche, mientras los cónyuges conversaban "aquí, sentados en esta misma cama", Acevedo le dijo a su esposa: "Si es la única manera, hija... Sacrificarme por mis hijos".

Cuenta ella: "Los adoraba. Los idolatraba. No le gustaba que les faltara nada. Edu-

carlos era lo que más quería él, y con todo el mundo era bueno...".

Tiempo atrás, Sebastián Acevedo Becerra había encontrado trabajo en una constructora. Antes había estado cesante.

"El siempre trabajó de jefe administrativo. También, cuando era joven, en la mina. De ahí lo sacó su padre, porque no quería que trabajara en lo de él, y empezó a estudiar. Luego entró a trabajar en oficinas constructoras", recuerda la viuda.

De esas tres largas noches que compartieron por última vez, dice: "Estábamos aquí, nos abrazábamos llorando... ¿Qué vamos a hacer?", me decía. Y yo sólo le podía responder que me sentía desconsolada por completo. Lo único que pensábamos era en que amaneciera luego para partir a buscarlos. Así anduvimos todos esos días... Hasta a pies pelados anduve un día, para poder caminar mejor en Concepción. Preguntábamos en todas partes para que nos dijeran dónde estaban, y nadie nos daba una respuesta... ¡Nadie!".

Lo último que su esposo dijo, antes de morir, fue: "Galito, que lo saquen luego".

Eso es, también, lo que pide esta mujer de cansados 45 años.

"Comunicó que quería que apareciera este hijo mío, y que nunca más, nunca más, nos molesten. Que nos dejen vivir tranquilos, que él se fue de este mundo... ¡Déjenos vivir tranquilos, no nos molesten más!", vuelve a pedir.

Luego agrega: "¿Qué otra cosa puedo pedir, Señor?".